

Julia Alejandra Gacía Padilla

Carmen Carmín, tulipán.

Una pequeña capilla en San Agustín del Paso a penas iluminaba sus pasillos con la luz espectral de una vela que aún no había sido apagada. Las paredes blancas se teñían de un descolorido rojo anaranjado como insípidas llamas avernales. Las baldosas de mármol se pintaban con decadente candor, mientras el pálido semblante de las estatuillas atemporales se desfavorecía de a poco. Los ídolos degustaban, entre rechinidos, el sabor del tiempo; juzgando a las almas pecadoras que lentamente salían de ahí, supuestamente arrepentidas. Los santos día con día, esperaban una mirada digna, profunda, una que no mostrase aprecio ajeno, que no les convirtiera a ellos en mendigos buscando mortal aprobación. Que les sacara de su automatismo religioso.

Así fue como Carmen llegó. Tenía esperanzas de que la virgen tornara su mirada hacia ella aunque fuese por solo un momento, un instante. Como aquella vez. Esperó con impaciencia, en las escaleras de piedra afuera de la capilla, a que el sacristán Jiménez se hallase ocupado después de la última misa vespertina; para que ella así, pudiera purificar su alma de una vez por todas.

La mujer, cansada de caminar, se acomodó el chal con desconcierto y entró por la puerta. Sus rodillas temblaban, había hecho lo mismo una y otra vez desde aquella mañana: entraba a la capilla sin que nadie la viera, pedía por su alma y la de Ana Graciela, y se hincaba ante la virgen, arrepentida. Sabía que cuando

regresara ahí seguiría, mas no le importaba. Pedía una segunda oportunidad: que el reproche no fuera mayor a su pena y las consecuencias de sus actos se sobre entendieran. Ella tenía razón. Deseaba que aquel tulipán maldito dejase de asediarla, no podía seguir soportándolo. Lloraba lágrimas ácidas de sufrimiento, la piel le quemaba. Sentía que, ya fueran del purgatorio o del báratro, seres hambrientos le respiraban en la nuca. Querían reclamar su alma, que sucumbiera ante el pecado y se dejara llevar por las profundidades del olvido. Que cayera, cayera, cayera...

—Señora de señoras, mi virgencita querida, ¿no oyes que te rezo todas las noches? Me postro de rodillas que ya duelen, que ya *reuman* ante ti. Mi virgencita santa, ¿no me das chance, preciosa? Yo que he sido buena y obediente desde chiquita. Los errores ocurren, pero no se repiten. Yo no los repito. El pecado te zangolotea del pescuezo hasta que no puedes más y, por eso, por eso, ayúdame. Ayúdame, mi preciosa. Por favor.

Las manos de Carmen, manchadas de sangre seca, temblaban con temor. Se unían en un rezo macabro cubierto por la ironía de sus perjuicios. Una mezcla de combustionada adrenalina y pavor que le entumecía las pantorrillas, le revolvían el estómago y quemaban su esófago; no permitían que terminase la oración:

—Y líbranos, líbrame, por lo que más quieras, de todo... —tragó saliva, intentando inundar sus pensamientos de una vez por todas—. De todo mal.

Los recuerdos no dejaban de llegar. Ya no podía sentir esperanza, desde que se había abalanzado sobre la ingrata, hasta que la inercia de sus actos la habían llevado a aquel lugar, sabía que todo estaba perdido. La paz que nacía en su interior cada vez que entraba a la casa de Dios, ahora se transformaba en una garra que la sometía a una incomprensible oscuridad; un absurdo temor de sí misma, una luz que deformaba las facciones de la que antes llamaba madre de madres y la tornaba en la viva imagen de su difunta enemiga.

La incipiente locura asediaba sus pensamientos y la consumía de a poco. Lo sabía: que no estaba loca, que lo que hicieron su marido y la aborrecida, estuvo mal, y que por eso, ellos eran los culpables de su eterna penitencia. Carmen sentía en sus huesos que había hecho bien, que el nombre “pecadora” no era suyo, sino de aquella piruja. Sabía que ponerle fin a sus tormentos había sido la mejor decisión. Un cierre catártico a su mediocre vida. Estaba cansada de rogar, quería regresar a casa y besar a su esposo, visitar a sus hijos y hacer un pastel de durazno.

Se lo imaginaba: el olor de la brisa veraniega que llenaba su hogar de una fragancia cítrica por las mañanas de junio, el aroma a pan calentito de la panadería de doña Lupe, que la acompañaba desde la esquina hasta su destino; impregnado en su ropa y, de alguna forma, en su espíritu. Quería escapar del solitario frío que se expandía por su pecho, el olor a humedad que sudaban los santos en los retratos y las esculturas que la observaban, llenas de eterna melancolía: mártires que revivían sus horas de pena día tras día después de que



las copas se guardaban y la última vela helara su pabilo. Si lo hacía bien, aquella sería la última encomienda del día.

Carmen se puso de pie y persignándose, se acercó a la estatua de la virgen. Aún cuando sabía que lo que había hecho era algo inhumano, no podía sino repetir en su mente que Dios siempre estuvo de su lado. No dejaba de pensar en su mano estrujando el rosario que desde años cargaba consigo, en la santa figura femenina que la seguía desde hacía una semana cuando comenzó a sospechar que Chanchito la engañaba con la bastarda de los Román. Tomó con cuidado la deteriorada mano de porcelana y la besó. Sus labios hormiguearon ante el frío tacto.

—Perdóname, mi reina, solo esta vez —volvió a hincarse y segundos después, se levantó para poder partir. Se acomodó el cabello y lanzó su chal por encima del hombro, dio la media vuelta y convencida de que sus lamentos habían persuadido a la santísima, avanzó por el corredor. A penas había dado un paso cuando sintió que tiraban de la tela.

Carmen ahogó un grito como el que Ana Graciela sofocó cuando la mujer le rajó la cara con el cuchillo, igual que al trompo que fileteaba todos los días. Dio otro paso, sintiendo cada vez más asfixia, y cerró los ojos: veía la imagen petrificada de la joven y el gorgoteo de su sangre cayendo sobre el suelo de cemento. La luz titilante que prendía del techo como un sol artificial. Tomó su chal sin voltear atrás y tiró con fuerza, la virgen la tenía presa.

«Condenada chiquilla, ¡te voy a matar!», rugían a la par. Carmen se dividía entre pasado y presente: como víctima y victimaria. La imagen crecía y crecía.

«De esta no te vas a salvar, cerda, pecadora», se ceñían sobre ellas.

La mujer cerró con fuerza los ojos. La oscuridad le rodeaba. Recordó la primera noche en que su esposo no regresó temprano a casa. Cuando su cama se enfriaba más rápido y su miedo apenas era una sospecha de la realidad que ahora la engullía. Recordó a Chanchito disculpándose con un ramo de claveles amarillos en la entrada, a la joven haciéndose presente en su taquería pidiendo dos de asada, «nomás sin mucho chile, por favor»; como si la propiedad ya fuera suya.

A Carmen se le salieron las lágrimas una vez más. Ya no quería verla nunca. Pasaba los días junto a la ventana culpándose, «a lo mejor es la menopausia». «¿Será porque hoy no le hice su lonche?», se preguntaba al acostarse. Y, cuando abría los ojos por la mañana, lo único que acariciaba sus pómulos era un rayo de sol. Tan solitario y a la expectativa como ella.

Le rezaba a la virgen que no la dejara sola, que tendiera su mano y la convirtiera en mejor mujer. Ahora, aprisionada por ella, no tenía a quién rezarle. Chanchito ya ni siquiera le traía flores de disculpa. Pasaba de largo y decía, «aquí está el dinero», se iba al cuarto y salía perfumado. Regresaba oliendo a sudor. Sudor amargo mezclado con un aroma juvenil, un tufo cauteloso que se disfrazaba de cansancio tras las horas extras del taller.

Carmen soñaba con un tulipán rojo, lo veía en la tele y dibujado en los muros de concreto que circundaban su casa. Uno que su esposo le había dado a Ana: una flor cara, más cara que sus claveles amarillos. Y entre más se marchitaban, mayor era el temor, el odio. Mayor era su marchitamiento interno. Sentía un vacío que ni las discusiones de antaño, ni el recuerdo cándido de su amor por Jaime, llenaban. Veía a Ana Graciela en las canonizadas, en las revistas de moda, entre sueños y “bien despierta”; a veces hasta la veía en sus amigas. Y ahora, para su sorpresa, la veía en la santísima.

—¡Por favor! —siguió peleando, enredándose más en su fantasía y el chal negro. Lágrimas sobre lágrimas le aprisionaban la mirada. Sus entornados ojos, enmarcados por pinceladas de la edad, perdían brillo de a poco. Su semblante, deformado por el horror, se asemejaba al de una momia.

—Perdón —se hincó, ejerciendo mayor presión en la yugular. El corazón le palpitaba en los oídos con estruendo. Los susurros iban en *crescendo*, como cantos gregorianos.

Los santos la observaban con desaprobación.

—El fin está cerca —alcanzó a escuchar detrás de ella. Y vio a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena en su mano.

Las sirenas de patrullas policiacas se oían en la lejanía. El aroma a cera que desprendía la vela, apunto de consumirse, se convertía en azufre. Doña Carmen quedó prensada de las manos de la virgen, en un rezo eterno, con la oscuridad como única aliada.

Una más. Una estatua más que sufrió en vida.

La gente de San Agustín del Paso la recuerda como una oda a la venganza, una mujer solitaria que falleció de asfixia en una pequeña capilla, ahora abandonada. Sin embargo, Carmen Carmín no murió sola. Murió en los brazos de su madre, sosteniendo en su mano derecha, según cuentan los vecinos, un tulipán rojo

Esta obra está bajo una licencia CC

